

Artaud: carta a Camus

Adolfo Castañón

Adolfo Castañón traduce y reconstruye un documento de capital importancia para comprender las diferencias entre los escritores modernos: una carta alucinante de Antonin Artaud, acaso el último de los poetas malditos, dirigida a Albert Camus que nunca llegó a su destino y que hoy reaparece con la potencia de una bomba de tiempo.

Cuando el periódico comunista *Combat* publica en sus páginas algunos fragmentos extraídos del libro de Antonin Artaud *Van Gogh y el suicidado de la sociedad* el 2 de mayo de 1947, su redacción no calcula las consecuencias. El terrible ex surrealista escribirá una carta al director, Albert Camus, que nunca será publicada.

Artaud está internado en un hospital psiquiátrico y, cuando su amigo Jacques Prével lo va a visitar se lo encuentra escribiendo de pie al tiempo que aúlla y hace brutales aspavientos. Está escribiendo precisamente la carta que se reproduce a continuación.

En ella el autor de *El teatro de la crueldad* pone como testigo a Camus de la índole cosmopolita de la conjura que no ha cesado de acosarlo con sus turbias maniobras. A pesar de llevar casi diez años de estar internado en un asilo psiquiátrico, Artaud no ha perdido el norte de la vida literaria, pues su carta se escribe en vísperas de la aparición, el 10 de junio de 1947, de la novela *La peste* de Albert Camus, y en ella Artaud menciona varias veces a Nerval y evoca la historia del legendario rey de Thulé, al cual el mismo Nerval había consagrado un poema que a su vez aludía a uno del alemán Goethe: al sentir que su muerte se acerca, el rey arroja a las aguas la copa labrada en oro que su amante le había regalado. Artaud copió en su cuaderno el poema de Nerval.

Poco antes de escrita la carta, Antonin Artaud hará su reaparición en público en el Théâtre du Vieux-Colombier el 13 de enero de 1947, donde da una inolvidable conferencia. Jean-Paul Aron evoca en *Los modernos* ese momento entre mágico y trágico que reúne a los sobrevivientes de la vanguardia en torno al supliciado:

...a las 9 de la noche, en el teatro del Vieux-Colombier. Se produce, aquel día, una mutación acústica en la institución cultural parisina. Pues el reciente prestigio de Artaud no había quedado fielmente registrado por ella. No hay objetividad del impulso sonoro. No se lo aprecia por la potencia de los emisores sino por la receptividad de los efectadores, en este caso del “clan” que de pronto lo selecciona y lo amplifica por medio de dispositivos adecuados. En el Vieux-Colombier —libreros curiosos, jóvenes enamorados de las aventuras, cómicos, directores de cine, escritores, entre éstos Romain Weingarten y Jean Laude, que me han contado veinte veces la ocasión—, está presente en masa con sus aspirantes, Adamov, Pichette, sus estrellas ascendentes, Camus, Audiberti, sus estrellas avezadas, Breton y Gide. Se ven cosas sorprendentes; a éste, de setenta y siete años, ofrecer a ese otro, de cincuenta y uno, su asiento; a Artaud enredar sus papeles, tirarlos al sue-

lo, ponerse de rodillas para recogerlos; después, perdiendo la compostura, proferir palabras ininteligibles; a Gide, ayudado por Adamov, escalar el escenario, a fin de abrazarlo. Se ve a una sala en trance de aplaudir ese discurso demente, a la locura imponerse como un bien de consumo corriente y desbocarse a la ideología del signo sin contenido, del sonido que no promete nada más de lo que procura.

Sin duda, nueve años antes, Artaud, denunciando proféticamente a los que van a explotarlo, confiscarlo, mutilarlo después de su muerte, apela a la energía y a lo cómico en auxilio del arte sin aliento.

Esto es parte del contexto en el cual se escribe la carta reproducida más adelante. Más información sobre los pasos de Artaud se da en el libro: *C'était Antonin Artaud* de Florence de Mèredieu (Librairie Arthème Fayard, 2006). El interés indudable de la carta lo refresca tanto el aniversario de la muerte de Albert Camus, celebrado el pasado mes de enero, como la reciente publicación de la correspondencia sostenida entre el poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón y la pasante en medicina y filóloga improvisada Paule Thévenin, que Fabienne Bradu recogió y presentó en su libro *Artaud todavía* (FCE, 2009).

No parecen muy necesarias las explicaciones de por qué Artaud no envió esta carta motivada por la aparición de un fragmento de su *Van Gogh en Combat*; de por qué no lo dejaran sus protectores enviarla. Tres vetas que son una la recorren: el lucro, la manipulación de las conciencias y aquel “sucio secreto” cuya divulgación pone en entredi-

cho el desinterés de la abnegación, los supuestos vacíos del “ser” al “parecer”. Por encima y por entre estas vetas, se plantea el lugar de la expresión, la ubicuidad de la retórica, ese truco místico, esa técnica de la glotis que no es más que el arte de simular la “espiritualidad” allí donde no la hay o para quien cree carecer de ella. Lo ha dicho Artaud en otras partes, y es esa reiteración la que hace pensar en la mala fe de quienes cuestionan la autenticidad de la carta —una carta que cobra su más filoso relieve cuando se piensa en la identidad de su destinatario y en el hecho todavía más significativo de que no haya sido enviada. Porque Albert Camus nunca recibió esta carta de Artaud, pensamos que no está por de más que los Camus de hoy la reciban desde esta lista de correos.

Nota y traducción: Adolfo Castañón

Señor:

No me negará esta vez, luego de la publicación de un extracto de mi Van Gogh en Combat,

hacer públicas, ante la cara integral de la masa que una vez más se regodeará, las maniobras de esas inmundas alimañas de lo oculto, de esas bestias de un psiquismo así

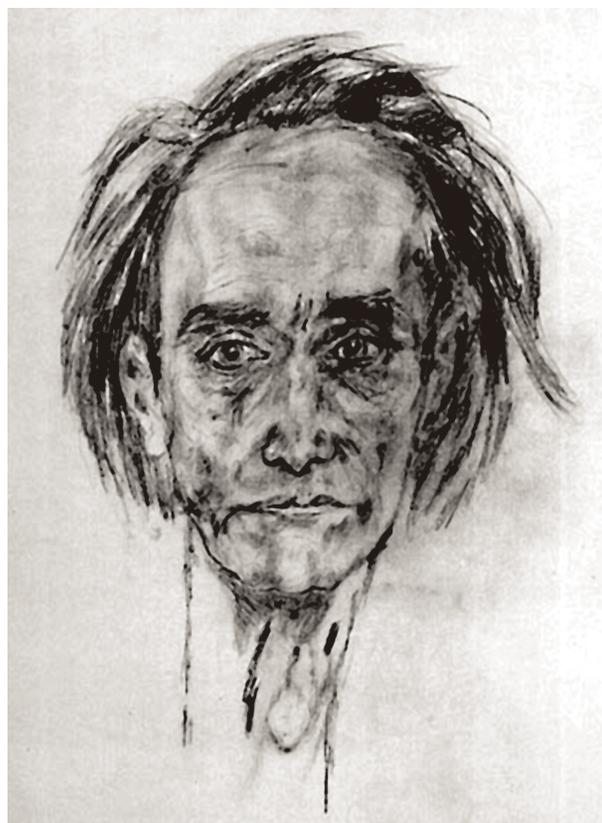
trans-fecal

como trans-fetal

y, fuerza es decirlo, perdóneme por estas palabras afectadas y sabihondas, y no es que crea en ellas pero es para enclavar



Antonin Artaud por Man Ray



Autorretrato



Antonin Artaud

mejor los desplazamientos muy audaces, muy aventureros y muy arriesgados y [¹] del automatismo de la Bestia Innata que muy pronto dejará de ser innata y bestia para ser simplemente hombres.

Como lo ha sido siempre.

Todo esto para decirle, querido señor Albert Camus, que yo, Antonin Artaud, presuntamente nacido en Marsella el 4 de septiembre de 1896, y así pues en camino de tener muy pronto cincuenta y un años de edad humana,

quisiera hacer del conocimiento de su público, digo al público de sus lectores de *Combat* cierto número de hechos, hechos patentes, comprobados y que sé que son hechos y no ensueños, no visiones,² ni sobresaltos en lo ilusorio,

hechos

capaces de apasionar, creo, hasta ese Gran público de lectores del diario *Combat*.

Pues se trata de esos hechos que justamente no dejan de repetirse a través del tiempo,

hechos por los cuales murieron Edgar Poe, Gérard de Nerval, Nietzsche, Lautréamont, Van Gogh.

En lo que a mí personalmente concierne, quisiera, yo, Antonin Artaud, que quizá solamente soy un ignaro cretino, y un simplón absoluto,

pero que al menos me creo humano cuando solamente trato con alimañas, y bestias,

yo quisiera, digo, no morir de esos hechos.

¹ Hay un blanco en el manuscrito, faltan palabras.

² Toda la carta está escrita con tinta verde: después de *visiones* hay unas palabras tachadas con lápiz negro: *des dératées en esprit*.

Y para eso requiero el apoyo de unos cuantos.

Nuestro mundo, señor Albert Camus, está muy enfermo, y se muere de algo desde hace mucho tiempo, y precisamente de eso de lo que tantos genios han muerto, porque cuando quisieron hablar nadie les quiso creer.

Yo también hablo, pero no me quieren creer.

Digo: Se puede vivir para el infinito.

Quizá me aprueban, pero quién me cree y quién me sigue, eso, a lo sumo, no es más que poesía, sino la lengua de bofe de becerro eléctrico que tengo atravesada de un fémur al otro,

cuando convoco un desplazamiento posible del cuerpo humano que reivindicque

un desarreglo infatigable y obstinado del cuerpo humano, porque de esa caída cada vez más y más precipitada ella prolifera, ella digo, no es poesía,

no es poesía,

es naturaleza, naturaleza fecal verdadera, naturaleza auténtica fecal, y es verdadera

como todos los fundamentos subterráneos dizque inconscientes del hombre actual, del hombre del mercado negro actual, moderno y presente que no tiene pan fresco a seis francos la pieza con cupón de racionamiento sino el mismo volumen y el mismo peso a doce francos y sin cupón.

Además de un lengüetazo a escondidas en el trasero de quien como yo quiere mantenerse honorable y digno y ya no pecar, como dicen todos esos iniciados a quienes jamás ha pertenecido nada en la vida.

Más que en la vida.

Esto para decirle, señor Albert Camus, que lo que afea, deforma esta vida en la que nos remojamos como pollos desplumados y pelones en quién sabe qué repugnante salmueras y donde evidentemente todos somos dirigidos y esclavizados, sin dejar de hablar de sol a sol de una libertad cuya alfabética virtualidad es agitada cada vez más frenéticamente en la letra de nuestras instituciones escritas, desde la libertad religiosa de los popes en los soviets, la libertad de volver a infectar una vez más el alma pública del pueblo miserable de Pedro el Grande, hasta la de fabricar en serie y al precio de quién sabe cuántos millones de especímenes de la próxima bomba atómica capaz de hacer subir los altos salarios de un pueblo tan sobrepagado como sobrealimentado...

digo pues que lo que hace fea deforme a esta vida donde nos sentimos

en conciencia

(pero quién cree todavía en su conciencia)

cada vez más deprimidos, estrangulados, oprimidos y asfixiados,

lo que la hace

fea deforme a esta vida

es un odio corporal del hecho atómico corporal,

es una repulsión genética profunda de Señor ese Inconsciente que siempre ha querido decirse y creerse un Ser, y a

quien todos los genios auténticos siempre le han dicho que no era nada de nada, que no existía ni podía existir, ni existiría, en virtud de y gracias a lo cual ese Señor ese Inconsciente se levantó con su vieja lengua erótica y asesinó a todos los genios sofocándolos.

Pero a fuerza de sufrir, de zozobrar en la demencia, de verse estupefactos por el automatismo de una masa que nunca tuvo otra fuerza que la bestial de su masa y de su peso, los genios también han cogido una cierta ansiedad a fuerza de verse colgados como Gérard de Nerval, perplejos, turulatos por su ponzoña, han cogido también cierta

epi-lepsia

digo una

epi-

lepsia

llena de ciencia y conciencia

por encima del saber y la conciencia,

ésa, la de ese trance de la epi lepsia de su dolor que vale cien mil bichos,

pues a fin de cuentas ¿de qué murió Lenin de quien se dijo que también él era epiléptico?

De haber visto revolve en él y contra él al simio, al patrón de todos esos honrados es-fuerzos enérgicos del bueno y genuino obrero y quién era ese simio, ese patrón sino la masa de todo el pueblo ruso en conciencia insurrecta contra el que lo paralizó y lo asesinó cuando vio que Lenin como Edgar (Poe)³, como Gérard de Nerval, como Arthur Rimbaud, como Lautréamont había comprendido que Pope psíquico animaba al espíritu público al que Lenin iba a azotar, a colgar a incinerar,

digo a incinerar en cuerpo a ese pope,

entonces ese pope como mágico oculto se le adelantó

y lo DESPACHÓ.

Pues bien, señor Albert Camus, yo no quiero, yo, Antonin Artaud morir a manos de ese pope eterno del que murieron Edgar Poe, Baudelaire, Gérard de Nerval, Isidore Ducasse bajo el nombre de Lautréamont y en fin Lenin y quiero que sea del conocimiento público

que ese pope corporal existe

que existe en carne y hueso,

y que millones de franceses lo invocan ritualmente y físicamente cuando menos una vez en la noche para mantener la catastrófica vida de las instituciones atómicas y "anátmicas", —de las actuales instituciones esclavaginales, en su fuerza, en su supremacía, en su obstinada proliferación.

El truco es simple.

Existe en las orillas del Cáucaso, por las altiplanicies del Irán, cierto número de sectas que actualmente se encuentran en plena actividad y cuyos jefes, constructores y señores son en Rusia popes, en Persia una especie de viejos sufis,

de dizque iniciados que son todos desde hace mucho tiempo sólo y nada más que una alta crápula mística que ha transado simiescamente, que en todo caso ha utilizado cierto movimiento de la lengua, cierto pequeño giro o vaivén de la glotis, de las fosas nasales y de la laringe,

y que gracias a ese truco, entiéndalo bien, señor Albert Camus, profundamente estudiado y metódicamente empleado,

conduce a la conciencia general hasta un punto mucho más avanzado del que se quisiera creer y mantiene a la vida universal,

digo a la vida universal

en su puerco nivel actual.

Esos sufis, esos PARSIS, esos popes son millones,

y en el Cáucaso y en Irán hay sufis y parsis, pero en Birmania hay bonzos y en el Tíbet hay lamas, y en Afganistán y en el Turquestán otra cosa,

y yo, señor Albert Camus, con todas esas gentes sobre las espaldas, sobre la espalda, en el ano, en los fémures, y en la cara interna de mis dos fémures, quiero decir entre los dos muslos,

jamás puedo vivir, no vivo tranquilo,

pues sus sombrías tracciones y atracciones eróticas

buscan quieren día y noche llevarme a ese punto

donde se pre-fastidian todos los franceses,

aficionados a la vida barata,

vaya usted a interrogar la vida íntima de un francés.

Mientras el sexo vaya, todo va bien.

La vida sexual erótica de Francia es sombría, señor Albert Camus, es negra como su mercado.

Y yo soy como algunos otros poetas uno de los organismos que no quiere físicamente corporalmente en su vida íntima y personal prestarse a ciertas suciedades

de las que viven un pueblo que en la actualidad sólo vive del mercado negro y que no cambiaría su mercado negro por un imperio, y por eso todo anda metódicamente y sistemáticamente mal.

Pues es la masa pública de Francia, señor Albert Camus, la que está-está eróticamente sucia y la que está interesada por encima de todo en que las cosas se mantengan eróticamente en esa línea sombría de provechos.

¡Y la masa no hace magia!

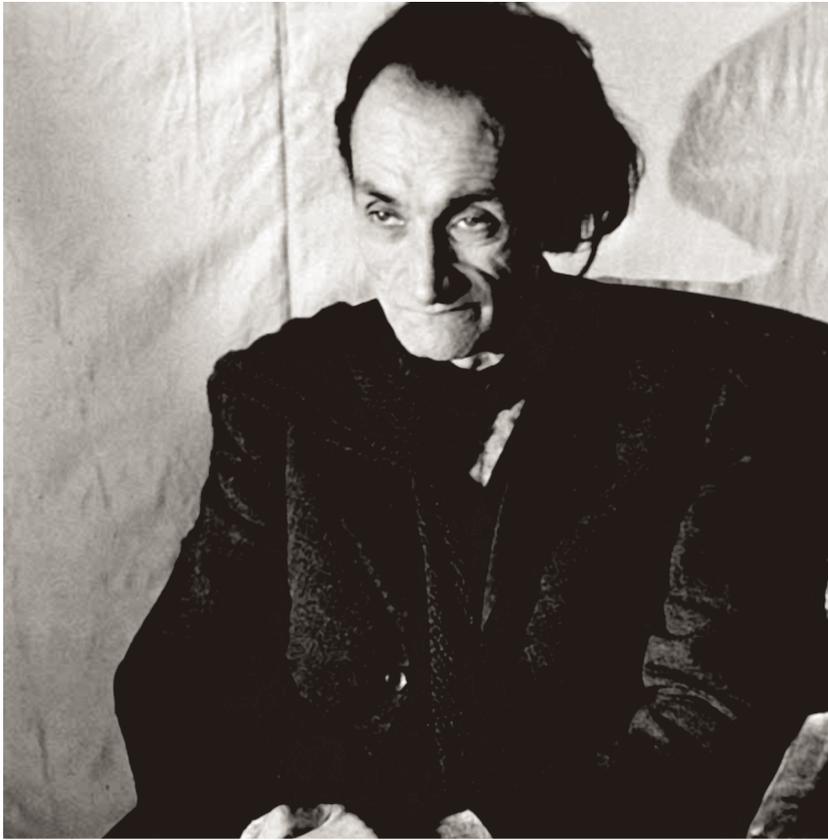
Pero es que, sí, señor Albert Camus, éste es el hic, pues magia es justamente lo que hace la masa.

Y cuando siente que en ciertos puntos se levanta una resistencia, digo las resistencias de una honradez CASTA sexualmente

esa masa interesada, esa masa erótica de lucradores, de orgiásticos interesados que constituyen los bajos fondos de Francia (y esos bajos fondos son todo su fondo, su verdadero, su irremisiblemente excrementicio fondo) levanta a la noche de su lado

y merced a una orgía, a un celo, a una brama metódicamente estudiada llama a su pope, su bonzo, su lama, su

³ La palabra Poe falta en el manuscrito.



Antonin Artaud

rabino, su parsí, su abate cismático de Libano, de Arabia o de Siria, su cristiano dizque iniciado de Armenia,

y merced a una cópula en grupo y en grumo, a una misa, a una extremaunción, estrangula con movimientos de lengua, solos, mocos sorbidos, ruminaciones, inspiraciones, inspiraciones, aspiraciones, expulsiones anales, compresiones del recto, etcétera, etcétera,

sofoca al que resiste,

y es así, se lo repito, como Gérard de Nerval, Arthur Rimbaud, Isidore Ducasse desearon de vivir, fue así como Van Gogh se suicidó cansado de las incursiones, de los ataques que sobre él descargaba una magia erótica sombría contra la cual él nada podía y que no dejaba de atropellar su conciencia.

Desde hace treinta y dos años, llevo la carga de todos estos fenómenos, tengo una terrible y espantosa conciencia de ellos, no dejo de ver todas estas maniobras no solamente sobre mí sino también sobre todo el mundo, sobre el mundo.

No dejo de sentir la baja, la vil conciencia de la masa diciéndome: Ya basta, Artaud, cállate, déjanos hacer públicamente, abiertamente, universalmente, si no lo haces lo pagarás caro.

Pues, cosa que ni Gérard de Nerval ni Lautréamont ni Van Gogh hacían,

yo actúo.

Ya a causa de esta acción eficaz y patente fui internado. Era esta acción la que el doctor Gaston Ferdière no dejaba de echarme en cara en Rodez todas las mañanas a la hora de la visita diciéndome: Sí, señor Artaud, usted es muy libre de resoplar, de rodar y jadear, pero la sociedad no pue-

de admitirlo, y yo, como representante de la sociedad, lo someto al electrochoque;

pues el electrochoque hace olvidar el hálito de la magia y del dinamismo personal.

Y fue así como el doctor Gaston Ferdière, médico en jefe del asilo de Rodez,

me hundió en el coma cincuenta y dos veces en dos años, por orden de la sociedad y para quitarme mi sistema de defensa personal contra ciertas maniobras de magia negra cuya erotomanía había hecho de él uno de los puntuales de Rodez.

Él era de la opinión de que mi acción mágica casta cortaba algunos de sus impulsos sexuales obscenos y me sometía al electrochoque a fin de paralizar mi castidad mágica eficaz.

Pues de hecho ahí estaba todo el problema de la auténtica libertad:

Ser libre de ser limpio.

Y, para ser libre, ser limpio primero.

Así fueron las cosas hasta que un día en el patio de aquel cuartel a la hora de visita, cierto día de mayo de 1945, dije al doctor Gaston Ferdière que me amenazaba con una nueva serie de electrochoques para los tarareos, los rezongos, los vuelcos y sobre mí mismo que al parecer alguien le había señalado:

Señor Ferdière, un electrochoque más y lo estrangulo.

Ante esa amenaza de abierta rebelión la terapéutica del electrochoque terminó para mí.

Ahora bien, en el presente caso no se trata de rebelión, pues son los bajos fondos de la sociedad francesa de mercado negro los que están en rebelión.

Existe, señor Albert Camus, una acción, una acción a mano armada que está por emprenderse para hacer que terminen esas maniobras de una magia porcina que quizá tiene a sus amos en Irán, en el Cáucaso y en el Tíbet, pero que tiene millones de seguidores en Francia, desde Fourvières hasta Buttes-Chaumont, Réamur-Sébastopol, la rue Mouffetard, le Parc Mont-Souris, los Ruedos de Lutecia, les Halles, en suma, un poco en cualquier parte.

Lo cual quiere decir que la situación no se arreglará si no se decide atacar, zanjar de tajo y clavar en la punta de una estaca, como se hace con la cabeza de algunos insurrectos indochinos de Viet-Nam, las cabezas de cierto número de marranos de París que son mucho más responsables de la negrura de la situación actual que no las bufonadas ubuecas de los pelmazos que nos gobiernan.

Mucho quisiera, querido Albert Camus, que esta carta sea publicada y no sólo en mi propio interés sino también en el general.

Crea en mis mejores sentimientos.

Antonin Artaud

N. de A. Esta carta, que fue encontrada entre los papeles de Antonin Artaud, nunca fue enviada a Camus. Apareció en la *Nouvelle Revue Française*, número 89, primero de mayo de 1960. Revista trimestral *Palos*, número 2/3, octubre 1980/marzo 1981, pp. 153-159.